



Beatriz Gutiérrez Müller
Viejo siglo nuevo
México, Planeta, 2012, 256 pp.

Ejercicios confesionales

Viejo siglo nuevo de
Beatriz Gutiérrez Müller

Gabriela Cantú Westendarp

VIEJO SIGLO NUEVO DE BEATRIZ GUTIÉRREZ MÜLLER lleva un árbol adentro. Me refiero a un árbol con fuertes raíces, de grueso tronco y extenso ramaje, que nos ofrece un universo peculiar. Estamos frente a una novela que ocurre en el periodo histórico de la Revolución Mexicana. Pero esta historia, aunque comparte con la “Novela de la Revolución”, entre otros rasgos, cierto carácter épico y la presencia de, al menos, un caudillo, se diferencia porque las batallas se desarrollan en el interior de los personajes, es decir, el campo de batalla es la memoria, la psique de cada uno de los personajes.

En febrero de 2013 se cumplieron 100 años del asesinato de Madero, 100 años de la llamada Decena Trágica, y me pregunto si es casualidad que este libro vea la luz. En *Viejo siglo nuevo* estamos en el mundo de la ficción, sí, pero toda obra parte de hechos reales; el autor se nutre de la vida y de sus experiencias —que luego transforma— para componer sus piezas literarias. La literatura y el arte, en general, son un medio para narrar la historia de un país. En este caso, el pulso para la escritura es un movimiento nacional, ideológico y armado, que provocó tremenda agitación, reacomodos sociales y grandes pérdidas humanas y económicas. De ahí su carácter épico.

La escritura de una pieza de esta naturaleza implica un intenso trabajo de investigación histórica, y esa investigación también es experiencia.

Como decía, la batalla en *Viejo siglo nuevo* ocurre adentro de los personajes. La estética de esta novela se desprende de una serie de ejercicios confesionales. Cada personaje se confiesa al tiempo que intenta responderse sobre el misterio de la vida o “el problema de la existencia” como le llama en algún momento la autora. El “problema de la existencia” no es otra cosa que el enfrentamiento a la muerte.

La historia se desarrolla principalmente en el estado de Sonora y, a grandes rasgos, tiene cuatro grupos de personajes. Uno de ellos está formado por gente sencilla del campo o de los pueblos de Sonora (los yaquis, los purépechas), es decir, los pobres, representados por Orestes y por Fernando Castillo. Los chinos que llegaron al país para trabajar en la industria ferroviaria y que eran víctimas de la discriminación por parte de ricos y pobres, personificados por Chew Zhu, forman el segundo grupo. Como tercer grupo, se pueden identificar a los empresarios extranjeros y sus familias, encarnados por el matrimonio de origen alemán de apellido Haase, que hizo fortuna en la minería, el algodón, las semillas y la banca gracias al porfiriato, y que participó en la conspiración contra Francisco I. Madero. Y por último, el mismo caudillo, Francisco I. Madero, sus familiares y sus más férreos y poderosos enemigos forman el cuarto grupo.

Identificar y enlistar estos grupos de personajes es posible gracias a una atenta lectura, sin embargo, darle voz a tan diversas personalidades exige no sólo escudriñar datos históricos, sino de intuición e inteligencia. Esta novela hace una importante aportación al género de la novela histórica en México, pues nos ofrece, desde su universo particular, los contrastes de la orilla y el centro, el bárbaro frente al europeo,



el poderoso frente al sometido, el ignorante frente al instruido, lo material frente a lo espiritual.

Cada personaje, al enfrentarse a la posibilidad de la muerte, hace una disertación: dialoga consigo mismo, recuerda con nostalgia el tiempo que se fue, hace una especie de balance de su vida (de confesión).

Cito un fragmento que describe la poética del libro. Habla Brigitte Haase, la esposa de Kasper, empresario alemán:

Cuando vamos a morir... repasamos los hechos de la vida: son como ráfagas, ruidos fuertes, caras, ideas inconexas, qué se yo. Es lo que siento ahora: voy de lugares remotos en la memoria a unos cercanos, pensando en lo que ya no recordaré en mi otra vida.

Desde cierta perspectiva, Brigitte es el personaje principal, una suerte de testigo y de conciencia. Es el personaje más desarrollado de la novela. Es quien, a pesar de cargar la nostalgia del pasado, carga también la esperanza para el “Nuevo Siglo”. Ella es la que



Fotografías: Biblioteca del Congreso de Estados Unidos

sobrevive o la última en morir en 1941. Aunque cabe señalar que el grueso de la historia sucede durante 1913.

Cada personaje describe cómo vivió y/o murió ese año, el año en que asesinaron a Madero. Cada uno se pregunta qué hizo, qué dejó de hacer y qué será de él o de ella después de la vida. A partir de este recurso, la autora teje las ramas, las vidas de los personajes, las estira desde el tronco, que a su vez crece de las raíces que sostienen todo el árbol, el árbol que es la novela.

Por ejemplo: tenemos a Orestes, un chico de trece años que fue reclutado en Mapimí por los maderistas. El joven no sabe exactamente cuál es la causa de la Revolución, no comprende por qué debe odiar y matar a los chinos; no comprende pero no le queda sino hacerlo. Nos encontramos también con Chew Zhu, un oriental que llegó pobre a trabajar en la construcción del ferrocarril, hizo dinero y se casó con una mexicana, asunto que no lo exentó de la xenofobia que predominaba entonces. Existe también María Jesús, la joven que se casa con Chew Zhu, y que es protegida de Brigitte Haase, esposa de Kasper, el empresario alemán. Asimismo, Fernando Castillo, un muchacho yaqui que fue empleado en casa de los Hasse y se adhirió a la causa Maderista y quien, más adelante, dispara contra Bernardo Reyes. Y así continúan las ramas creciendo y tejiéndose hasta llegar al propio Madero. Él, por supuesto, es la figura central, el estandarte, la razón, o el blanco de todos los personajes.

Brigitte nos prepara el camino para escuchar a Madero. Ella nos adentra en los principales problemas de la historia, es quien tiene que ver con los fines últimos y el destino. Nos habla de aquello que va más allá de lo material, de la vida después de la muerte; se interesa por la teosofía, las logias, el espiritismo. Nos delinea un campo que luego transitará nuestro caudillo.

Cuando Madero, en la novela, se enfrenta a la realidad de sus últimos momentos, nos abre la puerta a la intimidad de sus cavilaciones. En las disertaciones de este personaje —en las que dicho sea de paso se insertan algunos fragmentos literales de cartas y escritos de Madero—, Gutiérrez Müller nos presenta a un hombre sensible, introspectivo, en contacto con el espíritu y con aquello que él llama “hermanos espíritus descarnados” (las voces de los muertos) que también podrían interpretarse como actos de conciencia. El caudillo es un ser humano que duda, lamenta las pérdidas, e incluso se culpa por ellas, pero —con todo— logra recuperarse y aceptar su destino como motor de los cambios que la nación requiere. El tono melancólico de Madero, el personaje, está impregnado como en el caso de Brigitte de esperanza por el “Nuevo Siglo”.

En general, en *Viejo siglo nuevo*, ricos, pobres, seguidores o detractores del caudillo, todos se confiesan; todos vierten, en mayor o menor medida, sus inquietudes espirituales. Todos deben enfrentarse al “problema de la existencia”. ▀